

Abeja reina y diva

(Exultante evocación de la entrañable amiga)

POR VÍCTOR NAVA MARÍN

Aunque te había visto ya –no sin una grata impresión por tu belleza y desempeño actoral– en algunas escenificaciones de Esvón Gamaliel y de Marco Morales, tus promotores y guías, impactante e intimidatorio fue para mí conocerte de manera personal. Ello sucedió aquella tarde noche de los ochentas, cuando al salir yo del edificio de Rectoría para encontrarme con mi novia me llamó de pronto Esvón (con quien platicabas en la explanada del pórtico), haciéndome saber, tras presentarnos, que algo me querías decir. Ante las osadas y halagadoras cosas que me dijiste me puse tan nervioso que no supe qué responder ni cómo actuar. Entonces, inquisidora pero de manera cordial, me cuestionaste que si acaso las mujeres no tenían el derecho o no podían expresar de una manera abierta lo que querían (a mi parecer, un adelantado acto feminista desde un paradigmático punto de vista femenino). Mas contrariado aún, quise eludir la situación, pero Esvón me hizo ver que no había otra intención de tu parte que la de manifestarme tu aprecio. En ese momento llegó Yuli, mi novia “y salvadora”, por lo que tuve que despedirme de ustedes, todo perplejo. Al preguntarme ella qué me pasaba, lo único que pude responderle fue que acababa de conocer a una mujer fuera de serie. Con una discreta sonrisa de aceptación, sin más, lo entendió; con el tiempo comprobó que no estaba equivocado.

Más tarde, me habría de llevar otra sorpresa al enterarme que eras la hermana de mi gran amiga Cereza, lo que estrechó nuestra amistad a tal punto que, ya fuera en la casa de tus padres (la que llegué a frecuentar durante algún tiempo), ya en la oficina o fuera de ésta (cuando te acompañaba a fumarte un cigarro o a tomar un

café), o bien en tu casa, llegamos a platicar, por breves o largos ratos, unas veces sobre temas que nos eran de común interés (el cine o el teatro), otras sobre cosas de plano intrascendentes o de ciertos planes y propósitos. Uno de éstos –apenas insinuado y que pudimos llevar a cabo de manera conjunta– quedó pendiente: el de llegar a dirigirte alguna vez un monólogo (“Órale, chaparrito, a ver qué y cuándo hacemos algo, ¿no?”, me sugeriste no hace mucho tiempo). Tiempo atrás, en la cocina de la casa de tus padres, mientras nos echábamos, tú unos tequilas y yo unas chelas, preocupada por el proceso y la falta de compromiso de tus compañeros de *El divino Narciso*, me decías –muy segura de ti y refiriéndote a éstos–: “...Me los voy a llevar por delante”. Al momento, supuse que tu declaración era un simple arrebatado producto del etílico efecto. Pero cuando vi tu soberbia interpretación de Eco, comprendí hasta qué punto tenías la razón y estabas en verdad comprometida con el teatro.

Pero no sólo en el teatro, en la radio también quedó la imborrable huella de tu voz, que, sensual, afable se oyó durante no sé cuántos agradables y amenos programas. Por si no fuera poco, y respondiendo con lealtad y ejemplar entrega a la confianza que depositó en ti el rector amigo Marco Antonio Morales para que te hicieras cargo de tan retadora empresa, sacaste a la luz *La Colmena*, revista con la que, en poco tiempo, y a lo largo de diecisiete años, pusiste en alto a la UAEM, siendo una de las mejores publicaciones culturales del país.

Y qué decir de tu alta calidad humana, de tus apapachadores saludos, de la buena vibra que transmitiste a quienes, por admiración o por afecto, o con cualquier otro pretexto, se acercaron a ti para saludarte. En lo personal me siento muy afortunado por haber sido –lo comprobé no pocas veces– uno de tus amigos más apapachados y queridos, lo que nunca olvidaré, como tampoco olvidaré –y mucho menos dejaré de agradecerte– que hayas preguntado siempre por el estado de salud (en permanente deterioro) de mi madre; por mi sobrino Mayo, quien te cayó muy bien desde que dijo de memoria el monólogo de Hamlet, y recientemente, por mi pequeña hija Colet, a la que, aunque no conociste, me “atododareaste” cuando venía al caso hablar de ella.

Con particular emoción recuerdo la vez que tú y José Luis me invitaron a su casa. Llegué por la tarde, y como él no llegaba hasta la noche, empezamos a embriagarnos tú y yo con vino y escuchando música. (Una y otra vez disfrutamos a María Calas, tan profundamente admirada por ambos). Al llegar José Luis, y luego de comprar más vino, seguimos departiendo el momento. Descubrí entonces otra de tus facetas: tu afición por el arte culinario, pues preparaste un excelente platillo.

Al tiempo que disfrutábamos tu exquisito guiso, evocamos emotivas anécdotas y recuerdos, algunos de ellos vividos en el teatro con Esvón, de quien además empezamos a reunir documentos y a planear la argumentación para que el Teatro Universitario de Cámara llevara su nombre. Larga fue la velada (me llevaron a mi casa casi a las seis de la mañana), habiendo quedado pendiente una próxima, como pendiente quedó lo del monólogo y, a sugerencia tuya, hacer un texto con los títulos de los ciclos del cineclub que tanto te agradaban.



Vicky, Abeja Reina, Diva

Te fuiste, Vicky, triunfadora en la vida,
dejándonos este amoroso recuerdo de tu arrobadora presencia
(colmada de belleza, sensibilidad e inteligencia).
Encarnando a una tal Raimunda
y a otros tantos personajes, brillaste como nadie en el escenario;
Eco fuiste de su divino Narciso
y eco de su enigmática imagen.

Como verdadera diva
—única que ha habido en nuestro teatro universitario—,
creaste y fuiste actriz
de tu propio personaje,
despertando respeto y admiración
dentro y fuera de la escena.
Sensual y seductora,
muchas veces hiciste viajar tu voz
por las hertzianas ondas, transportadoras
de plácidas imágenes sonoras.

Millonaria de amor
y rica en sentimiento humano,

prodigaste a diario, sin distingos ni reservas,
miles de efusivos
apapachos, dándote siempre tu lugar
y poniendo en el suyo a quienes otra cosa intentaron.
Discreta en tus cosas personales,
y sin que nadie lo supiera,
elegiste la filosofía como profesión y vida,
logrando obtener, por gusto,
un grado superior universitario.

No poca cosa fue
—pero con rigor y entrega lo lograste—
haber mantenido, durante diecisiete años,
una revista cultural
tan prestigiada como **La Colmena**,
en la que poetas y escritores,
académicos e intelectuales,
ilustrados por plásticos artistas,
encontraron —y encuentran—
el idóneo espacio
para dar a conocer su obra.

La tuya, como ves, ha sido grande.
Y ahora que el telón se te ha cerrado,
nos toca, entrañable amiga,
aplaudirte no sólo como mujer
hermosa, sensible e inteligente,
sino como amorosa amiga,
como actriz primera y diva,
y como la abeja reina
de la espléndida **Colmena**.

Amiga Vicky, que la miel que,
con fervor y entusiasmo,
derramaste en el escenario,
en la radio y en cada una
de las páginas de **La Colmena**
endulce este amoroso
recuerdo que nos dejas.